

En cuanto á la comparación con la mortalidad general, por más que pudiera creerse que la mortinatalidad forma parte de ella, la enseñanza de este estudio es capital, pues se ve que la segunda no siempre se desarrolla paralelamente á la primera. Regiones hay como la nuestra y la de Canarias, que siendo privilegiadas entre las demás por su menor mortalidad, aparecen muy postergadas en la relación que ofrecen por mortinatalidad. Otras, como las de Extremadura, Andalucía y Aragón, que son de mortalidad crecida, mejoran algún tanto respecto á la mortinatalidad. Esa falta de paralelismo entre mortinatalidad y mortalidad general, obedece sencillamente á que la primera está más influída por las contingencias derivadas del hecho del nacimiento que por las causas comunes de la segunda. En prueba de ello, basta observar que dicha falta de paralelismo es precisamente más manifiesta en las comarcas de mortalidad más baja y especialmente en las que, como la nuestra, se prescinde con frecuencia del médico para la asistencia del parto, circunstancia á la que debe atribuirse el marcado aumento de mortinatalidad.

Ya he indicado que en las regiones que ofrecen mayor mortinatalidad predomina la ejecutiva sobre la inmediata, y precisamente en Cataluña es donde más se señala ese predominio, encontrándose la primera respecto de la segunda en la relación de 21 : 11, esto es, casi el doble por parte de la ejecutiva.

Ahora bien, como en casi todas las regiones se confirma el hecho de que la mortinatalidad ejecutiva prepondera en las capitales populosas, puede ya sospecharse que sea muy acentuada en esta capital. Al objeto de dilucidar este punto, he recogido los datos relativos al trienio inmediato anterior á la redacción del presente trabajo, que son los siguientes:





Abortos ocurridos en Barcelona durante el trienio de 1900 á 1902

Años	Nacimientos	ABORTOS	
		Total	Proporción por 1,000 nacimientos
1900	12,456	864	70
1901	12,824	997	78
1902	12,822	1,075	84
Totales . . . . . 38,102		. . . . . 2,936	
Proporción general para el trienio . . . . .		77	

Esas cifras resultan tristemente elocuentes en el sentido expresado antes. Si la proporción de 62 por 1,000, representativa de nuestra mortinatalidad regional, era la mayor que aparecía en el cuadro respectivo, ahora tenemos para la capital sólo por mortinatalidad ejecutiva el 77 por 1,000 de nacimientos ocurridos, esto es, casi la doceava parte de ellos restados á la prolificidad. Este quebranto es un verdadero bochorno, que en el estado actual de la higiene no podemos contemplar con indiferencia. Protestemos enérgicamente contra el abandono que tales datos demuestran, é intereseamos á los poderes públicos para que hagan positivo el imperio de un buen régimen sanitario. En este concepto es digno de alabanza el propósito del municipio de Barcelona de instituir una sección especial de médicos tocólogos, á quienes se encomiende la asistencia del parto para las clases más modestas de la sociedad, que precisamente son las que pagan mayor tributo á las torpezas y temeridades de gentes inhábiles. Bien sabéis que á estas gentes se debe con frecuencia la producción de la asfixia del feto, por excesiva duración del parto, por el abuso del cornezuelo, por intervenciones brutales ó por no plantear recursos, muchas veces sencillos, que triunfan del estado de colapso. Sabéis también cuantos fetos pueden salvar el forceps, la versión y otras manipula-



ciones regladas. Pero asimismo es evidente que todos estos recursos requieren especiales dotes de aptitud en quien los emplea, y al higienista toca, por lo tanto, inculcar en el ánimo de todos la sencilla idea de previsión que deriva de ello y que ya sancionara nuestro inmortal Letamendi al decir (aforismo 765) que: « para reducir á su *mínimum* el número de distocias, es menester llevar á su *máximum* la dirección facultativa de los embarazos ».

\*  
\* \*

Si el afianzar la fecundidad y la evolución del proceso genético, es siempre misión sobresaliente entre las que al higienista competen, no basta con esto para obtener todo el aumento deseable de la población, que obliga al aprovechamiento de cuantos medios conducen al mismo fin. La consolidación de la prole durante los períodos aun azarosos de la primera y segunda infancia, ha de cooperar necesariamente á ello. Así resulta que el estudio de la prolificidad abarca, queriendo ser completos, á más de los recursos que he ido considerando, todos aquellos que han de contrarrestar la endebles del nuevo organismo y asegurar sus primeras evoluciones. Bien sabéis que, aparte de los escollos que se ofrecen al recién nacido, la necesidad de la lactancia y la especial fisiología del niño son factores importantísimos que el higienista ha de tener en cuenta. Y asimismo, de la peculiar receptibilidad patológica del infante, se deducen numerosas y trascendentales medidas de previsión. Mas yo no he de entrar en este orden de ideas, porque me llevaría lejos de mi verdadero objeto. De otra parte, esas consideraciones pertenecen al conocimiento particular de la puericultura, que hoy tiene personalidad propia. Y aunque en méritos de su interés pudiera apuntar algunas ideas generales, huelgan aquí, donde persona tan autorizada como el Dr. Viura os expuso, á principios de 1902, los pensamientos de mayor trascendencia en su luminoso trabajo *Bases de Puericultura*.

\*  
\* \*





Llego, pues, al término de mi carrera, y sólo he de añadir breves palabras respecto de un factor social que influye gravemente sobre todos los elementos contributivos de la prolificidad y que por su carácter de generalidad he reservado para este momento. Me refiero á la ilegitimidad en materia genética y sus consecuencias. Ella, considera como negra pesadilla lo que para la unión legítima es el más noble ideal, esto es, la descendencia; y así busca el fraude en la fecundación ó la interrupción en el embarazo, llegando muchas veces al aborto ó al infanticidio.

Cuando en el seno de la ilegitimidad la mujer, con la abnegación de madre, acoge al infante anteponiéndolo á toda idea de propio interés, todavía se encuentra supeditado el hijo natural á las tristes condiciones de abandono en que aquélla se ve sumida, habiendo de soportar ambos el peso de la vergüenza, de la pobreza y de la desolación.

Estas son, poco más ó menos y salvo raras excepciones, las circunstancias del hijo natural y muy parecidas las del expósito.

En nuestra nación se registraron el año 1900 más de 25,000 hijos naturales y cerca de 7,000 expósitos, ó sea más de 32,000 individuos sumidos en la ilegitimidad ó en el abandono. Las diferencias regionales alcanzan desde una proporción de 15'7 por 1,000 nacimientos (contando juntos ilegítimos y expósitos) hasta la de 76'6; pero donde se acentúa notablemente al considerar en sí cada una de las regiones, es en las grandes capitales. Así existen algunas de éstas en que la proporción se eleva á 178, 193 y hasta 198 hijos ilegítimos por cada 1,000 nacimientos. Barcelona en este concepto aparece relativamente beneficiada, pues le exceden en proporción 35 capitales. Yo he recogido las cifras correspondientes al trienio de 1900 á 1902 y he obtenido una proporción de 63 hijos ilegítimos por 1,000 nacimientos. En cuanto al conjunto de nuestra región, puede considerarse como una de las menos señaladas en ese concepto, pues le corresponden 25'4 hijos ilegítimos por 1,000.

Por lo demás, señalado ese factor, poco ó nada puede hacer el higienista para suprimirlo. La mayor cultura moral y



social, y el legislador, son los únicos llamados á obtener la disminución de la ilegitimidad.

\*  
\* \*

Ya véis, Sres. Académicos, después de todo lo que llevo dicho, cuál es el estado y cuáles las necesidades de nuestra población en punto á prolificidad. Las trabas que á ésta se oponen son: de una parte algunas influencias morales que he señalado, y de otra una multitud de hechos de orden médico que también he procurado especificar.

Respecto de las primeras, que no debemos exagerar como los economistas, mucho se puede esperar procurando la rectificación de ideas ya vetustas, como el malthusianismo, cuya impugnación científica y moral ha de facilitar el entronzamiento del sentimiento altruísta que palpita en todo problema social.

En cuanto á las segundas, á fuerza de numerosas y variadas, no cabe señalar un recurso ó panacea para desvirtuarlas, exigiendo su resolución la tutela del médico y del higienista, auxiliando á éste en la empresa el legislador. En efecto, es necesario que las leyes que afectan á la unión conyugal se informen en los principios higio-antropológicos, así como han de dictarse las de la organización sanitaria con arreglo á las enseñanzas de la ciencia médica.

Al objeto de conocer con exactitud donde es más sentida la necesidad de la repoblación y donde se hacen más manifiestos los obstáculos ó quebrantos de la misma, he insistido en el estudio demográfico de cada comarca natural ó región. Así podemos estereotipar la fisionomía propia de cada una, recogiendo de los diferentes capítulos señalados los caracteres que le correspondan. El resultado de este proceder evidencia su bondad, ya que son notorias las diferencias de densidad de población, de mortalidad, de natalidad, nupcialidad, fecundidad nupcial, causas de esterilidad, mortinatalidad é ilegitimidad; con más algunas que derivan de las mutuas relaciones entre estos factores.

Al verificar ese estudio, dedúcense las medidas de previsión y recursos varios que he señalado en beneficio de la prolificidad.





Para algunos puntos concretos, aparece como muy beneficiosa la regularización perfecta de las profesiones médicas y sus anexas. La inflexible corrección de los actos de intrusismo, es indispensable, socialmente hablando, para obtener la normalidad constante del proceso generador.

Impónese también un mayor imperio de los conocimientos higiénicos. La divulgación entre las gentes del criterio de garantía fisiológica bastante, en los contrayentes en nupcias, planteado en forma hacedera; la hospitalización de las embarazadas como regla general, respecto de las que, por condiciones profesionales ó sociales, se ven imposibilitadas de seguir por sí solas el régimen debido; la mayor cultura en punto á higiene sexual, y por fin, la divulgación de las ventajas de una mayor descendencia, han de ser recursos poderosos en favor de la prolificidad.

La empresa de interesar la voluntad de todas las clases sociales en el aumento de la población, ha de ser en definitiva el medio soberano, tanto por lo que atañe á la supresión de las causas morales contrarias á la procreación, como respecto del oportuno planteamiento de todas las medidas de previsión y corrección de orden higiénico ó médico. Ello puede procurarse en diferentes formas, que yo no indicaré cuales sean preferibles, por ser asunto arduo para meditado por todos. A este propósito recordaré que, en tiempos muy remotos, ya se consignaba en los Códigos alguna que otra disposición encaminada á dicho fin. En la antigua Roma se instituyó la famosa ley Papia Poppea en tiempo de Augusto, imponiendo varias gabelas y penas á los célibes y consignando recompensas para los desposados que tuviesen descendencia. Nuestro gran legislador Alfonso el Sabio estatuyó la dispensa de determinados tributos al padre que tuviese siete hijos varones, con lo que había de fomentar notoriamente la prolificidad.

En nuestros días y en diferentes países, se ha suscitado también la idea de legislar en sentido semejante, de lo cual ha dado muestra muy recientemente la Academia de Ciencias Morales y Políticas de Francia en su sesión de 27 de diciembre de 1902. En efecto, el Subdirector de la Escuela superior de la Guerra, coronel Toutée, presentó una Memoria



titulada: *Moyen d'augmenter la natalité en France*, en la que partiendo de la premisa de que la natalidad es más deficiente en las familias ricas, preconiza como medio de incitarlas en favor de ella, lo que llama *el cebo de las herencias*. Su proposición consiste en añadir al Código Civil un precepto concebido en estos términos: «Todas las sucesiones dan lugar á una participación. «A cada heredero se atribuirán, además de su legítima, tantas partes iguales como sea el número de sus hijos vivos ó representados». Me diréis que es discutible el acierto de una tal medida, pero en el fondo va encaminada á utilizar un móvil que influye entre algunas gentes para decidir los problemas más íntimos de la vida y que, hoy por hoy, no se puede extirpar en absoluto de las costumbres. El acierto en esta materia ha de provenir del estudio concienzudo del legislador y de la experiencia que quizás produzcan medidas prudencialmente dictadas á manera de ensayo. Pueden, realmente, idearse otros recursos distintos del propuesto por el coronel Toutée, que tal vez lesiona á tercero. Así, por ejemplo, en varias regiones de España en que se tiene gran repugnancia para el servicio militar, la atenuación y quizás la dispensa del mismo en favor de los mozos cuyas familias alcanzasen una prole muy extensa, sería un estímulo poderosísimo.

\*  
\* \*

Mas, para terminar, preciso es reconocer que esos ideales, que importan la transformación radical de la sociedad, sobre que pueden salir fallidos, exigen para su desarrollo espacio de tiempo tan dilatado, que en el decurso de éste podría agravarse extraordinariamente el *nuevo peligro*. Urge ser ejecutivos en lo que cabe, y especialmente en la evitación de las causas de orden médico que producen la esterilidad ó que afecten en cualquier modo desventajoso á la prolificidad. Sobrado hay que hacer para suprimir las perturbaciones de la fecundidad y regularizar su función social, y otro tanto impone el garantizar la evolución del proceso genético. Los recursos de que dispone el médico para combatir la esterilidad son numerosos, y las garantías que ofrece





el estado actual de conocimientos á favor de esa evolución, son completas.

Lo que hoy precisa, es advertir bastante el quebranto que se va pronunciando en nuestra natalidad y prolificidad, y que advertido, se pongan en juego asiduamente todos nuestros recursos, se procure la mayor cultura higiénica de nuestro país y se preocupe la administración sanitaria de hacer llegar al seno de todas las familias la tutela del médico.

En buen hora que se dicten medidas de carácter legislativo que envuelvan tendencias favorables á la natalidad, sobre todo cuando una nación está tan necesitada de pobladores como la nuestra. Pero el éxito próximo y abundoso para España, estriba en ese entronizamiento perfecto de la higiene, que á la vez atiende á una mayor prolificidad y á la disminución de la mortalidad.

Y aquí concluyo, Sres. Académicos, lamentando que mis escasas fuerzas no me hayan permitido realzar bastante el asunto, pero convencido de que con su planteamiento á la faz de las gentes, será dable obtener grandes beneficios de las iniciativas, cultura y altruísmo vuestros y de la profesión médica en general. Permitidme, pues, que sea optimista, abrigando la esperanza de que en plazo no lejano fructifique ese esfuerzo, y con el aumento de la población adquiera nuestra patria su ansiado engrandecimiento.

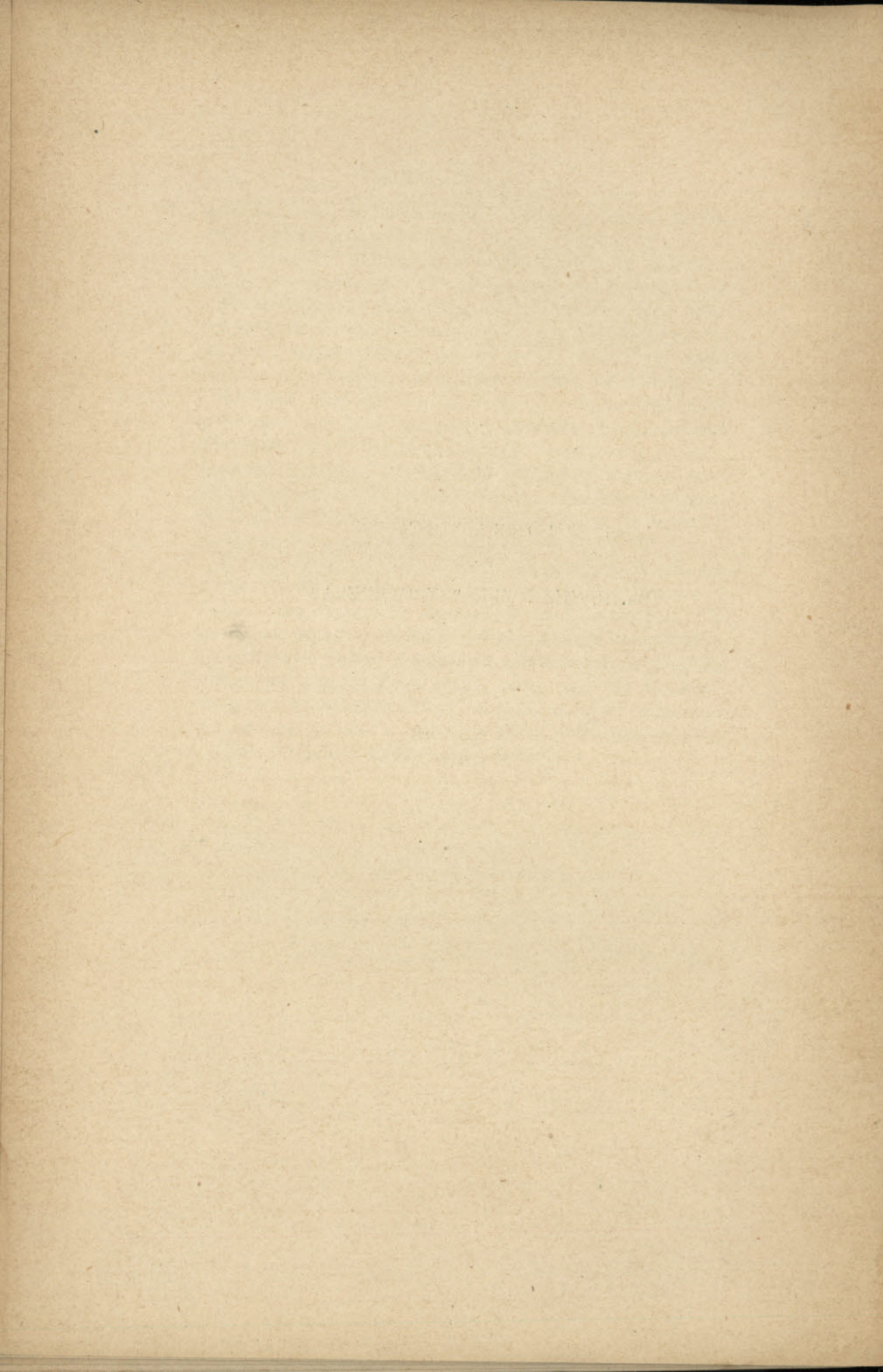
HE DICHO.



DISCURSO DE CONTESTACIÓN  
DEL  
DR. D. JUAN VIURA Y CARRERAS











ILUSTRÍSIMO SEÑOR:

SEÑORES:

En la evolución de la vida corporativa brotan vehementes, con frecuencia, diversas manifestaciones íntimas, verdaderos sentimientos de júbilo ó de pesar, análogos á los que experimentamos en el seno de la única sociedad esencial del hombre, sin duda la más antigua, la familia. De ahí que, insinuando esa eterna é inmutable ley de los contrastes, que se exterioriza, así en los fenómenos de la naturaleza toda, como en la sucesión de los hechos más culminantes de nuestra existencia, anden, á menudo, en íntimo maridaje el dolor y el placer, pues debido á ese enlace natural en que van rígidamente encadenadas las impresiones que sufre el espíritu humano, suele acontecer que, al dejarnos sumidos en copioso llanto la pérdida del sér que desaparece, acogemos, á la vez, con transportes de alegría al que va á sucederle, llamando á las puertas de la vida.

Por modo idéntico, hoy, en este solemne acto, en los felices momentos en que esta Real Academia abre engalanada y gozosa sus puertas para dar ingreso al que por su propio valer se hizo acreedor á tan grata distinción, no olvida, afligida, al ilustre compañero que ocupó el sillón vacante, al justamente llorado ex presidente, Dr. Roig y Bofill, quien





consagrando sus actividades al cultivo de la profesión médica y á cuanto redundara en avance de la Ciencia, compartió asiduo con nosotros, durante algunos lustros, las tareas académicas, dejando inmanente y perpetuo recuerdo en esta Corporación, de su saber, de sus enseñanzas y de sus nobles ideales.

Honremos su memoria, y después de derramar una lágrima para el académico que dejó de existir, sirviéndonos de estímulo su ejemplo, recibamos con fraternal abrazo y saludemos con la más cordial bienvenida á su digno sucesor, Dr. D. Alejandro Planellas y Llanos, cuya presencia en este sitio revive halagüeñas esperanzas, pues, pertrechado con los valiosos frutos de su inteligencia, nos infundirá nuevos alientos, infiltrando vigor y esplendorosa vida á esta Academia, para proseguir su antigua historia y coadyuvar al movimiento progresivo de las Ciencias Médicas.

Resulta, en verdad, tarea ociosa, la presentación de nuestro consocio, ya que, con sólo enunciar que los votos de los académicos le concedieron el lugar preeminente el día de la elección, huelga referir y ensalzar sus obras, sus méritos y sus virtudes profesionales. Empero, conformándome con añeja costumbre, ciñéndome á la sinceridad que me caracteriza, y huyendo, sin vacilar, de la lisonja y de los calificativos hiperbólicos que suelen convertirse en testimonios de servil adulación, me complazco en declarar que, esta Academia, al atraer á su seno al ilustre catedrático de Anatomía, de la Universidad de Barcelona, realiza una ventajosa adquisición.

Desde que el electo, muy joven todavía, pisó los umbrales de nuestra Escuela de Medicina, atraído por entrañable amor á las ciencias naturales, según era tradicional en su familia, inspiran sus obras y guían sus estudios, cual brillantes destellos de fulgurante astro, los cariñosos consejos y el caudal de conocimientos atesorados, tras largos años de profesorado, por el que fué su amantísimo padre, el Dr. D. José Planellas y Giralt, rememorado catedrático de esta Facultad de Ciencias, á quien tributaron siempre veneración y respeto cuantos tuvimos la dicha de contarnos entre el número de sus discípulos.



Así, reinando en torno suyo un ambiente tan vivificador, en los albores de la práctica médica, emprende el Dr. Planellas Llanos veloz carrera, siendo testigos, muchos de los aquí congregados, de sus más señalados triunfos obtenidos en la reñida lid de los ejercicios de oposición, ora conquistando la plaza de médico agregado del Hospital de la Santa Cruz, ora la de profesor clínico. En ambas dejó bien aqulata su valía científica, cultivando con especial predilección, mientras desempeñó la última, así lo tocología como la ginecología, alcanzando indiscutibles éxitos en el ejercicio de los susodichos cargos.

Luego, durante algunos años, en este período de la vida en que el hombre juicioso y probo labra las bases de su porvenir; en los momentos en que el médico, persuadiéndose de la irresistible eficacia de la lucha para allanar los obstáculos que surgen al paso en nuestro estado social, va adquiriendo el convencimiento de que sólo logrará arrollarlos, fiando en su tenaz actividad y en el esfuerzo de sus propias iniciativas; en todo este lapso de tiempo, el Dr. Planellas, campeón decidido del trabajo, prosigue con fe inquebrantable, activo y sin desalientos, en la completa manifestación de sus diversas aptitudes. Opera en las clínicas de la Facultad y realiza difíciles intervenciones obstétricas; colabora en numerosas revistas, discute en las Academias y da á la estampa curiosos artículos críticos y Memorias originales, algunas tan notables como la intitulada *Localizaciones cerebrales*.

En la misma época, no cejando en su labor, traduce, anota y encabeza con luminosos prólogos, obras de reconocida importancia, entre otras el *Tratado de partos*, de Auvard, y el de *Ginecología*, de Pozzi, recibiendo, por fin, oficial recompensa al conseguir, después de elogiadas oposiciones, la cátedra de Obstetricia de Valencia, amén de otros cargos con que le ha honrado el Gobierno, prestándosele, así, ocasión de demostrar, en todos ellos, su amor científico desinteresado.

Si bien, desde que desempeña la cátedra de Anatomía de esta Facultad, se note algún retraimiento profesional en la actividad científica de mi querido amigo, por haber sufrido algunos quebrantos su salud, no por ello dejaremos de esti-





marle como investigador incansable, escritor correcto y dotado de constancia benedictina, no común, para toda clase de inquisiciones.

Léanse sus escritos, revísense sus monografías, óiganse sus conferencias y siempre se verá palpar, al unísono, el mismo sentimiento, siempre notaréis domina la misma aspiración; entusiasmo constante por todo lo bueno, lo útil y lo práctico. Solícito y cariñoso con sus enfermos, revela en sus inclinaciones, laudable y más preferente afición á cultivar su inteligencia, mediante el estudio metódico, sosegado, que á la práctica rutinaria y penosa.

Lo apuntado justifica el prestigio y nombradía que se ha granjeado entre la clase médica de nuestro país, haciendo innecesarios mis encomios prolijos. Por lo demás, el discurso que acaba de leer, fundamentado en la robustez de las convicciones y saturado de sana doctrina, avalora la veracidad de mis conceptos.

De intento, guardé silencio respecto á lo que á su personalidad atañe, así en lo físico, como en lo moral, pues, unido al Dr. Planellas, desde antigua fecha, por lazos de arraigada y jamás interrumpida amistad, temo fundadamente que su modestia había de censurar mis elogios, considerándolos, en su recto sentir, como importunos, ó nacidos de mi indiscreción. Quizás, apasionado por el afecto que le profeso, incurriría en infidelidades al trazar los perfiles de su semblanza, y me doliera, no poco, que debido á la torpeza de mi mano al dar colorido al cuadro que yo abocetara, no destacasen las excelencias del original, tal cual es, en bondad, cuanto vale, en rectitud, y cuanto significa por la firmeza de su alma.

Nuestro distinguido compañero hase lanzado á exponer el tema, objeto de su interesante discurso, con tal riqueza de erudición y aportando datos de tanta monta, que, casi



me inhabilita para aducir breves consideraciones sobre la misma tesis. No obstante, intentaré dar cima á mi honroso cometido, correspondiendo con sumo placer á la cortés invitación de esta Academia, aun aguijoneado por el temor de desvanecer la deleitosa impresión que durante su lectura acabáis de disfrutar.

Indudablemente, nadie osará negar la trascendencia del problema planteado, de interés palpitante, actual preocupación de cuantos piensan, meditan y trabajan, que así incumbe al médico, como al sociólogo; cuestión de las más debatidas desde remotos tiempos, por haber estimado siempre los hombres estudiosos y observadores, que el conocimiento del índice del movimiento de la población, equivale á poseer el grado de la mayor ó menor vitalidad de un país.

La significativa elocuencia de las cifras reunidas por el Dr. Planellas, es poderoso incentivo que debe atraernos ansiosos hacia el esclarecimiento de asunto tan vasto, pues, aun cuando el descenso en la fecundidad no se acentúe, en nuestro país, en proporciones tan desconsoladoras como allende el Pirineo, basta se vislumbren, en España, los primeros síntomas del mal, para juzgar amenazado nuestro porvenir. Se inicia un proceso morboso social, cuyo tratamiento, si queremos huir del ciego empirismo, sólo será fructífero, trazándolo, cual se nos ocurre en las enfermedades del individuo, ó sea, una vez conocidos su patogenia, su síndrome.

No es posible abstraerse á este orden de investigaciones, al observar que las cifras de natalidad y nupcialidad menguan cada año; ó cuando, según la atinada expresión del disertante, aun ostentándose mayor número de nacimientos, no se logra mayor suma de descendientes, debido á que múltiples causas concurren á segar en flor los retoños, amignorando, de esta suerte, los bellos resultados de la actividad prolífica. En ambos casos, resurge vigorosa la necesidad de aunar nuestros esfuerzos, con el levantado fin de impulsar el aumento de la población.

Puede afirmarse, que aspirar á obtener un *ventajoso presupuesto de la vida nacional*, es tan laudable como favorecer la prosperidad de la hacienda pública, más, si cabe, que ansiar la pujanza de nuestra potencia militar y marítima. El cre-





cimiento de la población, en las naciones civilizadas, constituye una gran fuerza por la preponderancia política que determina; es poderosa palanca sobre la cual apoya la solución de arduas cuestiones sociales, que nos conmueven, hoy; es, ajustándonos al concepto de Rossi: « el problema que invade todas las esferas, la moral y la política; que dirige la economía nacional y la economía doméstica ».

En buena hora, que, mientras lamentamos recientes desastres, trabajemos todos, gobernantes y gobernados, para reanimar nuestras apagadas energías, instigados por el amor patrio, por el deseo de reorganización, poseídos de la sed de verdad y de justicia que, en ciertos momentos, después de tanto infortunio, casi nos llevan al apasionamiento. Empero, mientras se prepare un cambio de ser y estado, precisa, si deseamos atajar nuestra decadencia que nos conduce forzosamente á una impotente senectud; es de todo punto indispensable, repito, dirigir la más preferente atención á cuanto contribuya á aumentar las bases del desenvolvimiento de nuevas vidas, al acrecentamiento de la fecundidad, á vigorizar nuestra raza. El capital humano es fuente de calor, energía, fortaleza; es, según manifesté en otra ocasión, la primera y mejor de todas las riquezas.

Hay que reconocer que caen en perjudicial error cuantos opinan que el aumento en la proliferación sea desfavorable para el mayor incremento de los intereses comerciales, de las artes é industrias manufactureras. Muy al contrario; una alta cifra de nacimientos es positiva garantía para el mayor grado de adelanto de las innúmeras empresas mercantiles que se vinculan y desarrollan florecientes y exuberantes, favoreciendo, así, el bienestar y el engrandecimiento de la nación; impulsa el aumento en el cambio de productos con los demás países; despierta y aviva el afán de colonización ó de arriesgadas conquistas, como de ello puédesse tomar ejemplo en las razas anglo-sajona y germana. Además, la familia numerosa es la primera escuela de solidaridad en la que se acrece y enseña la necesidad del trabajo, y con el trabajo inteligente de los individuos que integran la familia, se elevan las riquezas, y con ellas, la fuerza, el prestigio de la propia nacionalidad.



Cuando un pueblo permanece estacionario no podrá librarse de las peligrosas corrientes de inmigración de las naciones vecinas, que siendo más poderosas afluirán hacia él, restándole supremacía, fuerza económica y elementos de prosperidad, pudiendo afirmarse, con Leroy-Beaulieu, que, «la mengua en las cifras de la población, bajo el punto de vista dinámico, es decir, considerada la sociedad en su marcha evolutiva, llega á provocar efectos más desastrosos que bajo el punto de vista estático».

No ha sido preciso llegar á los modernos tiempos, señores Académicos, para que los pueblos sufrieran las funestas consecuencias de esa peligrosa forma de consunción social. Hojead el gran libro de la Historia, y veréis como en sus páginas descuellan, sabiamente narradas, las causas que influyeron en la disgregación del Imperio Romano, cuando su decadencia. Invasiones sucesivas le aniquilaron; infiltráronse allí, también, nuevas y distintas ingerencias de dominadores extranjeros para suplir la deficiente natalidad; se juntaron allí, fatalmente, todos los defectos que conducen á la derrota y á la ruina. Y aquel pueblo decaído, sin alientos, desapareció, al fin, perdiendo para siempre su poderío y grandeza, oprimido por el ominoso yugo de los conquistadores.

Sin apelar al testimonio de la antigüedad, es aun reciente la absorción de algunas nacionalidades, sucumbiendo á la dominación de pueblos más poderosos. ¿Quién de vosotros olvida la invasión de Francia por los ejércitos alemanes, en cuya ardiente lucha vióse despojada aquélla, de la Alsacia y la Lorena, sus dos más codiciadas provincias? ¿No acabamos de presenciar, con honda pena, como los Estados Unidos, rebosando riqueza y toda clase de organizados elementos, con fuerza numérica muy superior, nos arrebataron nuestras preciadas posesiones ultramarinas? Hoy mismo, en estos instantes, contemplamos absortos los rápidos y asombrosos progresos de un flamante Imperio, europeizado en breves años, del Japón, convertido en potencia temible, cuya cifra de población hase elevado desde 36 á 40 millones, en el corto espacio de nueve años (1882 á 91), según datos publicados en Tokio. Pues bien; con tan eficaz fac-





tor, cultivando los gérmenes civilizadores implantados en dicho imperio, aparece esta nación imponente, atreviéndose, escudada en sus devastadoras máquinas de guerra, abroquelada con los inventos que brotan del moderno progreso, y reavivado su genio histórico, á presentar formidables batallas al gran coloso de Europa, al imperio moscovita, que hasta hoy se consideraba invulnerable, especie de *noli me tangere* entre las demás naciones europeas.

Holgárame, por modo singularísimo, pero carezco de espacio para ello, intercalar algún comentario á los datos demográficos leídos, al objeto de ponderar su importancia, juzgándolos como fundamentos imprescindibles para el sociólogo, ó el higienista, que deseen penetrarse de la intensidad de estas grandes crisis. En verdad, sólo pueden desdeñarlos injustificadamente, quienes no alcancen á comprender que en sociología, si deseamos partir de bases positivas, debe recurrirse á los métodos de investigación y estudio análogos á los adoptados por el biólogo.

Así discurriendo, el Dr. Planellas, en la exposición de sus doctrinas higio-sociales, trata, acertadamente, de la fecundidad como un acto esencial de la vida del individuo, origen de las generaciones. Y, amparándose bajo dicho método, señala el porvenir á que caminamos, marcándonos nuestra inferioridad numérica en la población, su decrecimiento progresivo en distintas regiones, la escasa densidad, por kilómetro cuadrado, en algunas provincias de España, etc., llevando al ánimo el convencimiento de que acelerando la marcha, ó sea combatiendo los diversos orígenes del mal, llegaríamos á más abundante proliferación.

No hay duda que manejados los guarismos en serio y verazmente, se patentiza que el sociólogo debe acudir á la demografía, considerándola como la anatomía y la fisiología de las colectividades, reveladora de los movimientos de asimi-



lación y desasimilación de los pueblos, capaz de determinar la influencia de los medios que intervienen en su crecimiento ó en su decadencia. De tal manera, es como saliendo de la esfera de la abstracción, se establecen y fijan las condiciones que darán aptitud á los pueblos para desempeñar el papel que el momento histórico les tenga reservados.

No turbe nuestro sosiego el temor de una exuberancia de población, el negro pesimismo propalado por algunos economistas que sólo ven la amenaza de la carestía, sospechando que la producción y las subsistencias no alcancen á las necesidades del hombre. Aparte de que este desequilibrio ó desproporción que tanto atemoriza, carece de base lógica por derivar de la nociva influencia del malthusianismo, no está destituido de fundamento suponer, en términos generales, que el aumento de densidad sería, en los momentos actuales y para el porvenir, un estímulo para la actividad mayor, y desarrollado el trabajo en sus múltiples esferas, conduce á una prosperidad amplia en las naciones civilizadas.

Tampoco abrigamos el temor de una *plétora humana*, pues, además de las concausas que motivan decrezca la fecundidad, según acabáis de oír, y de las circunstancias limitativas que diezman la excesiva proliferación, después del nacimiento, la mortalidad, en España, especialmente en las urbes populosas es enorme, sobrepuja, por desdicha, á las cifras que se obtendrían, si se consagrara la atención preferente al cultivo de las reglas de higiene, sin cuyo concurso, la muerte, arrancándonos, cada año, un número desproporcionado de vidas, origina, asimismo, la pérdida del valor económico de la colectividad. Y es de todos sabido lo que representa para las sociedades, lo que vale la vida de un individuo, siendo éste un elemento productor, un valor positivo.

Será inútil insistir sobre este punto; el hombre crea, elabora más que consume; no es de sospechar empobrezca la colectividad en virtud del aumento de sus individuos; antes bien, con mayor población, en los países cultos, es innegable el aumento en la riqueza pública. Con atinada razón ha dicho un escritor conspicuo (1): « el error de los que piensan

(1) César Silió. — *Problemas del día*.





que cada nuevo sér es causa de empobrecimiento, nace de considerar á los individuos en el crecimiento, durante su estancia en el hogar de los progenitores, en esa edad en que consumen sin producir, cuando en realidad son como tierra sembrada en la que apuntan los tallos, donde asomarán luego sazonados frutos ».

Además, las guerras, las epidemias y mil diversos cataclismos sociales, ocasionarán inmensos vacíos, pudiendo afirmarse que la población tiene siempre una tendencia virtual y orgánica á adaptarse á los medios de subsistencia. No incurrimos en exageración al aceptar, con Darwin, que la competencia vital originada por el exceso de nacimientos, resolviéndose con la *supervivencia de los más aptos*, constituye un elemento de progreso.

Los estudios estadísticos demuestran, también, que en todos los países civilizados de Europa, durante el último siglo, las subsistencias han superado siempre á las necesidades de la población, y que el comercio improductivo y el pauperismo son más bien dependientes de la forma en la distribución de las riquezas, que de una proliferación excesiva de la especie humana.

Mientras en nuestro país contemplemos inmensas superficies de terrenos yermos, con densidades menores de 30 habitantes, por kilómetro cuadrado, en muchas provincias; con riqueza minera inexplorada, sin canales, sin vías de comunicación, parece incomprensible que nadie deje de ver que, hoy por hoy, andamos muy distantes de la temida *hipernatalidad*.

Yo bien quisiera, señores, en estos instantes, seguir, paso á paso, al nuevo académico en su hermosa excursión por el laborado campo de la patogenia de esa verdadera oligantropia, según la calificó Aristóteles en la antigüedad; yo anhelara peregrinar por el mismo sendero, tratando, materia



de suyo difícil, inquirir las causas de la hipofecundidad y de la escasa proliferación, en nuestro país. ¿Cómo no ha de atraer incesantemente nuestro interés, tan simpático capítulo de higiene social; problema mixto, fisiológico y natural, de un lado, y económico, de otro? ¿No será éste un problema nacional, ahora y siempre?

Aun ante el relieve de los guarismos, reconózcense las sumas dificultades que se acumulan para concretar soluciones en asunto de tal magnitud, pues, formular un esquema, en líneas generales, de lo que convendremos en denominar ley de la población, siquiera sea un bosquejo de este tema higio-social, es empresa ardua, compleja, superior á nuestras aptitudes. Sería rayar en atrevimiento lisonjearse de haber alcanzado la solución categórica. Empero, suele acontecer que cuantos tratan tan espinoso punto, en vez de colocarse en el terreno de las generalizaciones, déjense arrastrar, frecuentemente, por sus doctrinas en sociología, y razonan impresionados con ceguedad por las teorías más afines á sus opiniones. Es por lo mismo dificultoso, tratar cuestión tan amplia, confinándose en estrechos límites, dada la convergencia de factores tan numerosos é importantes. Ocupándonos de ello, con seriedad, discúlpense nuestros juicios, si son erróneos, en gracia al honrado propósito que nos anima.

Ciertamente figuran entre las causas de la hipofecundidad, cuanto atente á la evolución normal del proceso generador, á la vida del producto de la concepción, cuanto perturbe la higidez ó la vida del nuevo sér. Es innegable que representan un valioso elemento etiológico los trastornos morbosos que en sí mismos ostentan el sello de la esterilidad, en el hombre, y de la infecundidad, en la mujer. Convergamos en señalar como causas influyentes, no dudosas, objetivas, del fenómeno social que deploramos, esa innumerable serie de estados páticos, objeto de constante estudio por los patólogos, cuyo cuadro sintético con tanta maestría se nos ha expuesto, hace un momento. Atribúyase, si os place, una intervención, no insignificante, á las prácticas execrables, malélicas é infanticidas á que recurren despiadadamente ciertas madres, que ya siéndolo, se empeñan en eludir





tan sagrado deber. Sin embargo, declaremos que todos esos factores y muchos otros de gran influjo, no bastan para darnos cuenta del *superábit*, que hoy nos amenaza en las cifras de esterilidad, mortinatalidad é ilegitimidad.

Indudablemente, señores Académicos, flota en nuestro ambiente social, como exclamaba, poco ha, el Dr. Planellas, algo que predomina desventajosamente, alguna causa de orden más elevado, sin duda, más general. Yo me permitiré añadir: si, en el hogar doméstico, en el seno de la familia, que es el centro natural de reproducción, es donde se cierne esa atmósfera deletérea, terreno abonado para que germine, y temo se arraigue, el azote de la esterilidad. Un reputado miembro de esta Academia, mi amigo el Dr. Fargas, corrobora, con su reconocida clarividencia, esta aserción, en los siguientes párrafos: « En el cumplimiento de las relaciones sexuales, dice, sucede, con frecuencia, que el varón inconsciente, á veces, ignorante, otras, y en algunas, por egoísmo, por perversión, ó por intemperancia, se convierte en poseedor exigente y hace de la hembra una víctima inevitable. De estos hechos proceden multitud de fenómenos trascendentales en el orden social, familiar y patológico. Añadiendo: pocas veces se dirá con mayor razón que pequeñas causas producen grandes efectos; es tan complejo y variado el mecanismo en virtud del que, un hecho inicial mal conducido en las relaciones sexuales, es punto de partida de variadísimos fenómenos de todo orden, que cada caso concreto podría suministrarnos un ejemplo de cómo sobrevienen esas grandes alteraciones en el aparato genésico y en el sistema nervioso, de las que dependen todas las demás.

Si importancia tienen para el ginecólogo estos hechos somáticos, no la tienen menos para el sociólogo, las múltiples consecuencias que en el orden moral y social llevan consigo; desviaciones incomprensibles del hogar, incompatibilidades mal reprimidas, dramas domésticos, etc., etc., tienen su origen primero, dice al terminar, en ese desequilibrio funcional ».

No pretendo ocultar que concurren otros elementos coadyuvantes al desenvolvimiento de este fenómeno sociológico, alegados como productores del descenso en la fecundidad. Aludo á la tributación exagerada, al servicio militar, á con-



diciones de nuestra raza, etc.; no obstante, me atreveré á indicar que, en el estado actual, la causa eficiente, es ética, corresponde al orden moral. Lo expresé ya, en una solemnidad análoga: la voluntad humana es, según todas las probabilidades, el factor potente del decrecimiento que se inicia. Las causas de orden psíquico, son las que revisten ingénito influjo. Siempre, en todos los tiempos, repercutirá profundamente en este gran problema social, el concepto que cada pueblo se forme de la vida, de sus virtudes y de sus deberes.

Los múltiples factores invocados por pensadores ilustres, sociólogos é higienistas, quedan relegados al papel de secundarios y subordinados, muchos de ellos, á una causa primordial que supera á todas las demás, como hace notar Demolins: « la situación impuesta á la familia, en virtud del estado social en que vive ».

En efecto, en la moderna sociedad, el hombre, sojuzgado, con frecuencia, por desmedida ambición, obra impelido por instinto fatal é irresistible; sólo anhela elevarse, adquirir mayor posición social y aumentar el caudal de sus riquezas. Cada molécula social lucha afanosamente, sólo trata de asegurar su perfecta conservación, instigada por una verdadera fuerza de *capilaridad social*, según la gráfica frase de Dumont. Esta fuerza es la que atrae á los individuos de determinadas clases de la sociedad, impulsándoles al triunfo, cuanto más pronto y más señalado mejor; sin reparar en los medios, arrollando obstáculos, imponiéndose privaciones, y cuando esta fuerza es muy potente, alentada por un frío egoísmo, se sacrifica todo, aun lo más elevado de la especie humana; el deber de la procreación legítima. Por esto la natalidad se hallará siempre en razón inversa de la capilaridad social.

De ello se infiere que, dominado el hombre por el anhelo del disfrute de goces y abundancia de bienes, mire como impedimenta insoportable una numerosa prole, y aun ignorando los cánones de las atrevidas y desconsoladoras doctrinas de Malthus, y desconociendo los peligros de las prácticas que de ellas dimanar, se empeñe, apelando á toda suerte de medios condenables, sólo atendiendo á su propio interés, á no multiplicar la especie, á no procrear, burlando las leyes





supremas de la naturaleza, cuyo cumplimiento no rehuye ninguna otra de las demás series del reino animal.

Claro está, por los motivos antes aducidos, que cuando alguna clase social tropieza con obstáculos invencibles, de hecho ó de derecho, que se oponen á sus medios personales, cuando por variadas condiciones vea privada de ascender ó de mejorar su estado, se resigne á su destino y figure con numerosa prole. Así, el mal cunde menos entre las clases menesterosas, en las comarcas rurales, sumidas en aparente atraso, y por ende, entre los individuos que no alimentan la esperanza de riquezas, ni ambicionan más elevada situación social, adaptados á la penuria, conformándose con su suerte.

En esas familias en que reina la imprevisión, prospera y es más abundante la fecundidad, como si el número de sus individuos se hallase en razón inversa al de su valor económico.

Asimismo, por móviles idénticos, decrece en cada quinquenio, en las ciudades populosas, como se acaba de revelar, el número de enlaces sexuales, interviniendo como agente indiscutible en el descenso de la natalidad que se deplora. Merma evidente en las agrupaciones humanas, determinada, asimismo, por la voluntad del individuo; ella es la que le induce á substraerse de realizar el matrimonio, calificado por algunos como carga enojosa. El contagio se propaga; se renuncia dolorosamente á la esperanza de educar y mantener una numerosa familia; el ideal se reduce á conservar uno ó dos hijos, rodeados de los mayores goces, no escaseando los matrimonios, cuyos cónyuges se complacen en imitar á esos célibes empedernidos, con sus egoístas exageraciones.

En tanto, dadas las tendencias sociales, rasgo característico de la época, es harto común que los matrimonios no brillen por una proliferación espléndida; y, aunque sea sensible consignarlo, van apareciendo algunos ejemplares del hijo único, caprichoso, exigente, insufrible, avezado á la holganza, al placer y á toda suerte de comodidades, quien, á las veces, se convierte en dilapidador de la codiciada fortuna, cuyo reparto entre numerosos hijos tanto empeño hubo en evitar.



Circunstancias de lugar y tiempo me vedan más amplias disquisiciones; sintetizaré, pues, mi pensamiento, en breves términos. El hombre culto, viviendo en los grandes centros de civilización, movido por el anhelo de elevarse en la escala social, tiende á perder, ó mengua voluntariamente, por múltiples razones, su fuerza reproductiva, y aun conservando su instinto sexual, se manifiesta éste domeñado y esclavizado por otras consideraciones, otros sentimientos, otros goces.

Ha llegado la hora de unir nuestras intervenciones, oponiéndonos, sin titubear, á la difusión de ese peligro social, alejando causas, combatiendo errores, decididos, con solitud, á impedir tome creces esa funesta consunción contemporánea. Con tiempo y relativo conocimiento del mal, cabrá orientarse y escogitar los medios radicales para aminorarlo, si es factible.

Se extienden ante nuestros ojos dilatados horizontes; andamos sobre llanura vastísima donde ejercitar beneficiosas acciones. La Higiene, rama frondosa de la Medicina, creciendo lozana entre aires tranquilos y apacibles, teniendo conquistada la confianza pública, dejará oír su voz persuasiva, inteligente, divulgando sus principios fundamentales en el seno de las poblaciones. Ella, que con sus axiomáticos consejos dirige y con sus acertadas reglas evita, será la antorcha que ilumine nuestros pasos. Vulgarizando sus máximas y popularizando sus preceptos, dejará sentir su bienhechora influencia, así en el suntuoso palacio del magnate, como en el humilde hogar de la familia menos acomodada, aunque no la imponga el legislador, ni se inspire en ella el Ministerio Público.

La Higiene oficiará de consejero íntimo, señalando los perjuicios derivados de torcer los naturales impulsos del instinto sexual, ensalzando el deber de procreación entre los cónyuges, aspirando á convertir en cantidades positivas las





cifras negativas que dolorosamente aparecen. Ampliándose, así, su radio de actividad, no sólo atenderá á consolidar el producto de la concepción en el claustro materno, sí que también será el amparo de la prole en la más tierna edad, favoreciendo ahonde sus raíces, identificada con la pediatría, la trascendental puericultura, mediante cuyo influjo se afianza el éxito de una acentuada proliferación.

Combatamos, sin tregua, ese fatalismo con que algunos, reñidos con su personal interés, se empeñan en no cumplir ni acatar los mandatos de la higiene, compañera leal, dispensadora de medios para dirigir y aconsejar al individuo en todos sus actos, disipando sus prejuicios, desvirtuando sus preocupaciones. Contra este padecimiento social, la higiene fija las vallas para contener los estragos á que diera lugar al propagarse, ya que por su misión altamente educativa, y encaminándose sus perennes indicaciones á elevar el sentido moral, puede de tal modo impresionar al corazón humano, trazándole la senda de mesurados hábitos, del cumplimiento de los más sagrados deberes en las determinaciones volitivas, y una vez esto obtenido, llevará de la mano al hombre para fomentarle el amor á la patria.

Téngase presente que en los trastornos somáticos y psíquicos que afectan á las grandes colectividades, será infructuoso acudir á la clínica en busca del bisturí, ó de los fármacos, que destruyan los efectos del mal, antes al contrario, urge ampararnos de la higiene que precave y atenúa las causas.

El interés de la sociedad y los más puros afectos del corazón demandan, de consuno, se encaucen las corrientes de la opinión pública por el camino de los rectos sentimientos. Las más sabias leyes de los poderes legislativos, á menos que sean tiránicas, serán siempre de dudosa eficacia, si no actúan tendencias moralizadoras en las ideas, en toda la complejidad de las funciones sociales, públicas y privadas, de cada uno. Tratándose de la transgresión de un hecho fisiológico, de un precepto natural, y siendo éste á todas luces voluntario, sólo desvaneceremos los yerros, rectificando ó corrigiendo las máximas equivocadas ó perniciosas con que el hombre ofuscado intenta, ilícitamente, regular sus actos.



No se me oculta que el psiquismo de los pueblos no se transforma con rapidez; las sociedades nacen, crecen y viven lentamente, por grados casi imperceptibles. Siendo obra del tiempo modificar el espíritu de la sociedad, precisa ir perfeccionando el estado moral del individuo para lograr mutaciones profundas en el cuerpo social.

En España, como en otros pueblos que se ha convenido en denominar de raza latina, se destaca el cuadro sindrómico del agotamiento y las esperanzas de su restauración se alejarán tanto más, mientras nos mantengamos acostumbrados á esperar todo del poder del Estado, sufriendo impávidos, sumidos en letargo, un centralismo absorbente, atrófico, cuyos menores abusos é inconvenientes suelen ser una reglamentación que cohibe y una intervención nimia que ahoga las fuerzas expansivas, de distinto orden, que latén vigorosas en el ánimo de algunas regiones.

Con plena razón afirma un profundo pensador, Edmundo González, que las naciones latinas, con sus entusiasmos populares irreflexivos y apariencias de energía, encubren su debilidad y su descontento.

Encarécense la necesidad del trabajo reproductivo, del propio esfuerzo individual; infúndase á nuestros hijos que, al fijar los jalones que han de trazarles la línea de su porvenir, se convenzan de que sólo con su particular actividad, sin contar con el auxilio de los demás, es posible, en los actuales momentos de lucha, llegar á la ansiada meta, prosperando, así, despojados de egoísmos, con personalidad autónoma, con potentes iniciativas.

Habida consideración al estado de nuestro pueblo, es imprescindible que estos ideales se impregnen en las múltiples esferas de la prensa, del arte, de la ciencia, de la política. Como quiera que la Religión es elemento esencial en esa armonía sociológica, y el alma en las grandes evoluciones de la historia patria, cooperará, también, á nuestra propaganda salvadora, enalteciendo la legítima reproducción, haciendo más compactos los lazos sociales, mostrándonos nuestro elevado destino.

Los jóvenes con el ardoroso brío que alienta en la primavera de la vida, y los que andamos para viejos con la





madura reflexión que sugiere una razonada experiencia, seamos, todos, panegiristas del ciego culto á los fueros de la Higiene y de la observancia de las previsoras leyes, especialmente las de orden moral, que favorecen y acrecientan una fecundidad numerosa, una proliferación abundantísima.

Señores Académicos: antes de poner punto final, séame consentido felicitar cariñosamente al Dr. Planellas y Llanos por su brillantísimo discurso, uniendo mi entusiasta aplauso á los vuestros; y al desearle luengos años de bienandanzas, entre nosotros, animémonos á sustentar juntos los altos y vitales intereses proclamados. Si aspiramos á que nuestra patria reaccione, se coloque al nivel de las naciones que figuran á la cabeza del progreso, y ostente el grado de bienestar que merece alcanzar, es indispensable consagrarnos, con fe, al trabajo que ennoblece, perfeccionar nuestra instrucción y nuestra cultura, endulzar los días con sanas costumbres, y, de esta suerte, labraremos una era venturosa y de perdurable paz.

HE DICHO.



